

Tiendas.Por Santiago Gil

Lunes, 22 de febrero de 2010

Modificado el domingo, 19 de mayo de 2013

Tiendas

Por Santiago Gil

Una tienda que se cierra en nuestra calle es como una luz que se apaga. Te acostumbras a la presencia de unos escaparates y de unos empleados que saludas a diario sin conocer su nombre. SÃ³lo te das cuenta de que faltan cuando pasas una maÃ±ana y te encuentras la cristalera que mostraba lÃ¡mparas o ropa de moda totalmente cubierta de periÃ³dicos atrasados.

Tiendas

Por Santiago Gil

Una tienda que se cierra en nuestra calle es como una luz que se apaga. Te acostumbras a la presencia de unos escaparates y de unos empleados que saludas a diario sin conocer su nombre. SÃ³lo te das cuenta de que faltan cuando pasas una maÃ±ana y te encuentras la cristalera que mostraba lÃ¡mparas o ropa de moda totalmente cubierta de periÃ³dicos atrasados. Quedan muchos sueÃ±os dentro de los locales comerciales que se cierran. La economÃ-a nos habla del cierre de los negocios como si hablara de previsiones meteorolÃ³gicas, pero detrÃ;s de cada una de esas claudicaciones hay cientos de biografÃ-as que se quiebran y que empiezan a mirar al futuro con miedo. No se cierra una tienda y se pasa pÃ¡jina. Los que pusieron todos sus sueÃ±os en ella quedan heridos para siempre.

En la novela *El dependiente*, del escritor norteamericano Malamud, se refleja magnÃ-ficamente toda la intrahistoria que acontece en las tiendas pequeÃ±as que encierran universos inesperados. No todo el mundo es capaz de resistir la frustraciÃ³n diaria de ver que no entra nadie y que pasan las horas sin poder vender absolutamente nada. Todo es una cuestiÃ³n de rachas, como en la vida, pero Ã©sta que vivimos ahora va camino de tumbar hasta los mÃ¡s experimentados comerciantes. Quien abre una tienda estÃ; arriesgando ilusiones. No sÃ³lo es el dinero lo mÃ¡s importante. Por eso, cuando paseo Ãºltimamente por Las Palmas de Gran Canaria y veo cÃ³mo cada dÃ-a aparece un nuevo escaparate vacÃºo, siento la desazÃ³n de todas esas derrotas que se estÃ;jn sucediendo a diario sin que les pongamos nombres y apellidos. El comerciante que saca la Ãºltima caja con sus pertenencias personales y apaga la luz del comercio desolado queda herido para siempre. SÃ³lo los que han vivido ese momento saben cuÃ¡nta tristeza se empoza en el alma. Intentan no volver a recorrer esas calles nunca mÃ¡s. O si lo hacen miran para otro lado, sobre todo cuando ven que pasan los meses y que el local sigue cada dÃ-a mÃ¡s abandonado. No son seres vivos, pero esos espacios vacÃºos y olvidados parece como si envejecieran cien aÃ±os de repente: ya no tiene nada que ver su oscuridad polvorienta con la fiesta de luces y el trasiego de cuando llegaban los clientes. La crisis que vivimos se manifiesta en esas soledades inmobiliarias que nos encontramos a diario por las calles. Un dÃ-a es una panaderÃ-a, al dÃ-a siguiente un bazar y dos dÃ-as mÃ¡s tarde desaparece aquel escaparate lleno de juguetes que te hacÃ-a mirar con nostalgia a la infancia. Con cada uno de esos negocios que muere se va una parte de nosotros. Da lo mismo que no te quieras dar cuenta. El cambio de los decorados tambiÃ©n determina el destino de los personajes. Un escenario vacÃºo y oscuro no invita nunca a interpretar la realidad como una comedia que genere ilusiones.